

Capítulo 12. Carta N°12.



No comprendo, querida amiga, qué demonio se ha apoderado ahora de usted. Últimamente me escribía usted, penetrada de clara alegría, que los complejos de castración son algo que se puede comprobar siempre de nuevo, y ahora me viene usted con objeciones. Pero, ¿de qué me admiro? Estas cosas están todas reprimidas en las interioridades más oscuras de todas las personas, ¡cuanto más, tratándose de usted, que siempre ha sido orgullosa y sigue siéndolo! La hipoteca del complejo de castración siempre ha sido más grave para la mujer que para el hombre. Al varón le recompensa el hecho de que, a pesar de todo, sigue llevando en su cuerpo el cetro de su masculinidad, de su señorío. Le acometen, sí, miedos y deseos, pero puede comprobar con sus propios ojos que todavía conserva el miembro por el que tanto teme. La muchacha, sin embargo, al notar su falta, no puede menos sino decirse: “yo ya estoy castrada, mi única esperanza es que la herida cicatrice y de ella salga otro cabo de esa carne señorial”. Renunciar a esa esperanza, aceptar el sentimiento de la propia inferioridad, transformar este sentimiento en una honda confesión, en el orgullo y el amor de ser mujer, como usted lo ha hecho, todo esto exige una lucha muy enconada, antes de llegar a reprimirlo. Hay que hundirlo todo y cubrirlo de tierra lo más profundamente posible, y la vibración más tenue de estas masas enterradas provoca cataclismos que nosotros los hombres conocemos. Esto se nota, y usted se daba cuenta de ello con ocasión de las menstruaciones. La hemorragia mensual, ese signo de Caín en cada mujer, remueve el complejo de castración y de las ciénagas del inconsciente se levantan venenosos vapores que enturbian, unidos a otras cosas, la clara ingenuidad de las personas.

¿No es curioso que los europeos, en cuanto oyen la palabra periodo, menstruación, regla, inmediatamente piensan en la hemorragia? Es más, ¿por lo general este agudo interés por la sangre acaba encontrando expresión en rudos pensamientos de suciedad, el mal olor, ocultas vergüenzas, dolor y procreación? Y, sin embargo, hay todo un mundo de valores vitales asociado a este fenómeno de periódico y rítmico éxtasis.

Pues lo principal es esto: la pasión, el celo, el venéreo placer de la mujer se potencia, durante estos días de sangre, en sumo grado y, como es animal que, sin duda, no es menos que el hombre en esto, trata de atraerse de alguna manera al varón, y el abrazo, durante el tiempo de la hemorragia, es el más cálido, el más beatífico, y lo sería aun mucho más si la costumbre no hubiese puesto aquí sus barreras. Que esto es realmente así nos lo demuestra un hecho singular: Tres cuartas partes de las violaciones que se llevan a cabo tienen lugar durante el tiempo de la menstruación. Con otras palabras: algún fluido misterioso, procedente de la mujer menstruante coloca al hombre en un estado de delirio tal que no retrocede ante el delito. Es Eva quien seduce a Adán: Esto fue así, es así y seguirá así por siempre. Tiene que seducirlo porque ella misma sangra en estado de celo, porque ella misma lo exige. Las madres les cuentan a sus hijas que el periodo viene por causa de la procreación de los hijos. Error, un error muy extraño, un error preñado de consecuencias. Lo mismo que el error de atribuir el fenómeno del eros al instinto de reproducción, un error de los más estúpidos de nuestro siglo. Todo manzano en flor, cualquier rosa y cada obra humana refuta una interpretación tan estrecha de los objetos de la Naturaleza. De los 20.000 óvulos fecundables con que nace la niña, le quedan, cuando llega a la edad núbil, solamente unos cientos de ellos, y de entre éstos, cuando mucho, llegan una docena a ser fecundados. Y de los muchos millones de espermatozoos que produce el varón, perecen ejércitos enteros sin ni siquiera llegar a penetrar en la vagina. Los hombres hablan demasiado sin saber lo que dicen, y yo también me cuento entre ellos.

No mire usted las locas interrelaciones, el embrollo de hilos que conduce de un complejo a otro: en el centro de la vida amorosa está la sangre, el placer de la sangre.

¿Qué debe una hacer cuando logra penetrar con su mirada en la vida y en le pensar de los mortales? ¿Habrá que reír, o despreciar, o criticar? Quizá lo mejor sea tomar nota de la propia necedad y decir con

el publicano: “¡Señor, ten compasión de mí, pecador!” Pero esto tengo que decirlo: No es cierto que la crueldad sea perversa. Todos los años celebra la Cristiandad el día de Viernes Santo, el día de la alegría. La humanidad se ha procurado a si misma un Dios que padeció, porque ella misma sentía que el dolor es el camino del cielo, que, en su sentir, los padecimientos, el tormento y la sangre son divinos. ¿No ha besado usted hasta que sangraban sus labios? ¿No se cubrió nunca de sangre su piel como consecuencia de la pasión desbordada de una boca que chupaba?

¿No muerde usted nunca el brazo que, con pasión, rodea su cuello, y no se sentía bien cuando la apretaban hasta casi descoyuntarle los huesos? Y luego me viene usted a mi con la tontería de que no se debe azotar a los niños. Ay, queridísima amiga, el niño quiere que lo azoten, lo anhela, clama por la estaca, como decía mi padre. Y conoce mil argucias para procurarse el castigo. Las madres tranquilizan a sus niños cuando los llevan en brazos dándoles pequeños azotes, y el niño entonces sonrío. Después de haberlo lavado lo coloca en la cuna, besa sus sonrosadas mejillas, poco ha muy sucias, y, como suprema alegría final, le da un pequeño cachete que el pequeñín recibe con un berrido de alegría.

¿No se ha peleado usted nunca con su amado? Piense usted por qué lo hizo y cómo transcurrió todo. Un pinchazo por aquí, una palabra hiriente por allá y luego la cosa se vuelve cada vez más crítica. Sorna, enfado, cólera. ¿Qué es lo que pretende propiamente usted para llevarlo a él a la exasperación? ¿Debería hacer lo que hizo, es decir, ponerse el sombrero, coger el bastón, pegar un portazo y desaparecer? Ay, no, por favor; lo que él debería hacer es abrir una puerta que lleva a la alcoba de su propio cuerpo, dar entrada a su masculinidad, cubrirla con el sombrero del seno materno y coronarla con la corona de su vientre de muchacha; la Naturaleza lo dotó de un colgante bastoncito, pues que lo utilice contra usted, que la golpee y la ame cruelmente. ¿No se llama en todos los lenguajes vergajo o palo al signo de la masculinidad? La crueldad está, inexorablemente, unida al amor, y la roja sangre es el hechizo más irresistible del rojo amor.

Sin el periodo no habría amor en la mujer, o, al menos, no habría ningún amor que verificase la palabra de que la mujer fue dada al hombre como compañera y ayuda. Y esto es lo fundamental. Pues para admiración e indignación suya va usted a descubrir que mucho, si no todo lo que tiene que ver con la vida humana se deriva del amor, y el hecho de que Eva le fue dada a Adán no para tener hijos, sino para que fuese su compañera me viene muy bien a mano para confundir el griterío de todos los desconocedores de la Biblia.

Así pues, las cosas, para mí, están como sigue: Yo parto del supuesto de que el período de la mujer y, más concretamente, la hemorragia, es un medio de atraer al hombre. Y con esto concuerda una pequeña observación mía que he venido haciendo aquí y allá. A muchas mujeres que han estado largo tiempo separadas del marido les viene el período precisamente cuando vuelven a ver a éste. Piensan seguramente que la separación espacial puede haber dado origen a un enfriamiento por parte del marido y, para superarlo, el Ello se encarga de prepararle un afrodisiaco que devuelva al marido a sus brazos.

Como usted sabe, es algo que me gusta bastante eso de poner las cosas patas arriba, y espero que en este caso haya resultado bien. Pero para ser justo he de descubrirle aún otros dos objetivos, de los que el Ello persigue con estas medidas y que encontrarán menos oposición de su parte. Si una mujer tiene la regla no puede estar embarazada. El Ello da así al varón testimonio claro y patente de la fidelidad de su esposa. “Mira -dice-, si ahora viene un niño, es tuyo, pues cuando tú viniste yo tenía hemorragia”. Si yo fuese una mala persona y quisiese instigar a los varones -aunque, bueno, estas cartas van dirigidas únicamente a usted, así, pues, puedo dar expresión a esta mala idea sin sembrar la semilla de la desconfianza entre los maridos-. Y es que, en efecto, cada vez que me puse a investigar detalladamente un caso como los descritos me encontré con que, de hecho, había habido lugar al adulterio. Siempre es sospechoso cuando se acentúa demasiado la inocencia; lo que hay detrás de ello es precisamente una confesión de culpa. La sangre pretendía despistar el adulterio. Claro, que no se trata de haber dormido de hecho con otro hombre -no recuerdo haber topado nunca con este caso-, sino que eran más bien adulterios de pensamiento, es decir, suponían un pecado semirreprimido, cosa que de por sí actúa de una manera doblemente profunda, pues no se resolvió en acción y quedó estancado en las fangosidades del alma. Imposible que pueda usted imaginarse, queridísima amiga, de la entrañable satisfacción que producen tales consideraciones. La vida consigue contrastes del más curioso estilo. Consigue, por ejemplo, con la misma palabra, dar fe de inocencia y confesar la propia culpa.

Del mismo estilo es también el segundo objetivo del Ello, del cual le hablaba. Es también un doble juego. “Atráete al hombre -le dice el Ello a la mujer-, atráetelo con la sangre de tu amor”. La mujer escucha esta

voz, pero pregunta indecisa: “¿Y si falla?” “Tonta -le dice el Ello, y sonrío levemente-, entonces tienes en tus manos la mejor disculpa, pues, ¿cómo a de tocar un hombre a una mujer que está impura?” En efecto,

¿cómo va a querer el hombre tocarla siendo así que ello está prohibido desde milenios? Así pues, si el abrazo tuvo lugar y fue pasional, tanto mejor, porque la maniobra he tenido éxito a pesar de la prohibición y de la costumbre, y si no tuvo lugar, ello es causa de las costumbres, que lo reprueban.

El Ello acostumbra a operar cubriéndose la retaguardia de esta forma, y tiene éxito. Así, por ejemplo, deja que salga un eczema en la boca, que la desfigura. Consecuencia: me besa a pesar de todo, entonces, la felicidad es grande; no me besa, entonces, hay que atribuirlo no a falta de amor, sino a la presencia del eczema. Esta es una de las razones de por qué el muchacho, durante los años de la pubertad, lleva granos en la frente, por qué la muchacha, en el baile, tiene acné en los hombros o en el escote, acné que, por otra parte, también tiene el objeto de atraer las miradas; por qué la mano se vuelve fría y húmeda cuando se la tiende al amado; por qué la boca, que anhela un beso, huele mal; por qué destilan las partes genitales; por qué las mujeres, de repente, se vuelven feas y malhumoradas y los hombres se azoran y reaccionan como niños.

Y con esto llego ya muy cerca del gran enigma: ¿Por qué ha prohibido la moral y la costumbre, siendo así que el período es incitante al placer, todo comercio carnal precisamente durante las menstruación y esto, por lo que yo sé, durante todos los tiempos?

Es ésta ya la tercera vez que hablo en mis cartas de prohibiciones. Primero fue la prohibición a masturbarse, luego la prohibición del incesto con la madre y ahora la del comercio carnal durante la regla. Si, pues, a los instintos más fuertes, a saber, al instituto del amor a sí mismo, al amor entre creador y creatura (madre e hijo) y al comercio carnal mismo se le pone coto tan tajante, habrá que contar con las consecuencias. Y, en efecto, estas tres prohibiciones han tenido consecuencias cuyo alcance es inabarcable. Si usted quiere, me entretendré un poco con estas cosas.

En primer lugar, tenemos la prohibición más antigua, la que primero tuvo sus consecuencias, la de la masturbación. El placer que se ha gozado una vez exige ser gozado de nuevo, y como el camino que lleva a la autosatisfacción está bloqueado, el instinto se lanza con todas sus fuerzas sobre sensaciones de análogo cariz, como son, por ejemplo las procuradas por una mano ajena, por la mano de la madre al lavar o bañar a uno, o con ocasión de orinar, o todo lo que de alguna manera pueda justificarse so capa de necesidad y de maternal cariño. La unión erótica con la madre sale fortalecida por la prohibición de masturbarse; la pasión por la madre crece. Y cuanto más fuerte es ésta tanto mayor es también la resistencia al amor puramente carnal, hasta que culmina en la expresa prohibición del incesto con la madre. Entonces se busca otra nueva salida que, a través de la igualdad simbólica útero materno = madre, lleva al afán por unirse con cualquier otra mujer. El tiempo adecuado para esta unión es la época de celo del útero; es decir, el período. Pero precisamente en este tiempo se cruza un no prohibitivo entre el deseo y su realización que, en muchas culturas, por ejemplo, la hebrea, tiene carácter de ley. Evidentemente, la Naturaleza necesita tales prohibiciones, prohibiciones que pueden tomar una u otra forma. Nuestra época actual, por ejemplo, en lugar de prohibir el comercio carnal durante la menstruación, ha escogido la fórmula de ponerle coto, por medio del Código Penal, a toda actividad sexual, excepto la masturbatoria, durante los años de mayor delirio pasional; es decir, durante los de la pubertad. Puede que constituya para usted un placer el reflexionar sobre las consecuencias de tales prohibiciones.

De todos modos, una cosa es clara: la prohibición puede reprimir el deseo, desviarlo de su natural sentido y dirección, pero lo que no puede es matarlo. Lo único que hace es obligarle a buscar satisfacción por otros caminos. Y, de hecho, esta satisfacción la encuentra de mil maneras, en cada actividad de la vida que usted quiera imaginarse: en la invención de chimeneas o buques de vapor, en la utilización del arado o del azadón, en la actividad poética o científica, en el amor a Dios y a la Naturaleza, en el dominio y en el crimen, en el bienestar y en la maldad, en la religión y en la blasfemia, manchando el mantel o rompiendo un vaso, en las rápidas palpitations del corazón o en el sudar, en el hambre y la sed, en el cansancio y en la frescura, en la temperancia y en la droga, en el adulterio y en el voto de castidad, en el andar, en el estar de pie o estar echado, en el dolor y en la alegría, en la felicidad y en la insatisfacción. Y para que, por fin, algo a relucir que yo soy médico, el deseo reprimido reaparece disfrazado de enfermedad, de cualquier clase de enfermedad, sea orgánica o funcional, se le llame melancolía o pulmonía. Este es un capítulo muy largo, demasiado largo como para continuarlo hoy.

Solamente quisiera todavía lanzarle a usted un pequeño anzuelo, a ver si pica.

¿Qué pasa con el deseo del varón de ayuntarse con la mujer durante el tiempo de la menstruación? Lo que le excita es la sangre. Esa tendencia a la crueldad, que existe en él desde siempre, comenzará a inflamarse. Inventa armas, planea operaciones, hace guerras, construye mataderos para sacrificar verdaderas hecatombes de vacunos, escala las montañas, surca los mares, explora el Polo Norte y los interiores del Tibet, caza, pesca, azota a sus hijos y maltrata a su mujer. ¿Y cuál es el resultado del deseo de la mujer? Se pone una venda entre las piernas, se masturba inconscientemente so capa de una limpieza común y generalmente bien vista. Y cuando está limpia se pone la venda un día antes por razones de precaución y la conserva un día después por análogos motivos. Y si esto no la satisface del todo, se las arregla para que las hemorragias duren más o aparezcan con mayor frecuencia. El instinto que nos lleva a amarnos a nosotros mismos tiene aquí paso libre y construye, a base de la concupiscencia femenina, los fundamentos de nuestra cultura, la limpieza y, con ella, las canalizaciones de agua, los baños, la higiene y el jabón y, además, la preferencia por la limpieza del alma, la nobleza espiritual, la armonía interior de los hombres que aspiran a más, mientras que el varón, como adorador de la sangre, penetra en las misteriosas entrañas del universo y trabaja sin cesar en la transformación de la vida.

Hay extraños andaderos en la vida que, muchas veces, parecen ser circulares. Pero en última instancia a nosotros los mortales sólo nos queda que admirar, abrir los ojos y asombrarse.

Con todo cariño, su

PATRIK TROLL

Volver a Publicaciones de Groddeck

Volver a Newsletter 25-ex-51